

# Las tentaciones de don Antonio

Era la vieja sala de cine con el yeso de las paredes pintadas (pintarrajeadas, decía el ingeniero) de bailarinas, a quienes la humedad del tiempo había carcomido los gestos y convertido las danzas en chisporroteos de manchas amarillas (huevos reventados, decía el ingeniero) de entre las cuales asomaban los cuerpos mutilados y las rayas de los pentagramas rotos. Sólo una de aquéllas (la bailarina suertuda, la llamaba el ingeniero) permanecía aferrada, desde el ángulo más próximo a la pantalla, a ser lo que alguna vez fue: la más bella de las tres gracias, empinada sobre la punta de los pies para rozar con el borde de los dedos la media luna del cielo ya desteñido. Lástima que perdió el busto (que fue mochada, decía el ingeniero) por culpa del letrerito rojo que el regidor de cultura, de acuerdo a los dispositivos de seguridad de los lugares públicos, dispuso, por notificación escrita, que se colocara ahí. «Exit. Emergencia», decía el letrerito.

—Claro... claro que hay que tumbarlo todo... pero, ¿usted cree que en realidad hay que tumbarlo todo? —preguntó con timidez el viejo Antonio, como atreviéndose a decir algo de lo cual se iba arrepintiendo al tiempo que lo decía, como si al decirlo se fuera dando cuenta de que sus palabras carecían de sentido y lo único que lograba con ellas era volver a caer en esa sensación de arañar el vacío (mejor dicho, de tratar de agarrarse de algo cuando ya no hay nada de que agarrarse mientras uno cae en el vacío, pensaba el viejo), esa inaguantable sensación que lo atormentaba cada vez que, como ahora (lo cual no le había sucedido siempre sino desde hacía menos de un año, es decir desde que murió su mujer), se descubría diciendo cosas como las que él, él mismo, en sus buenos tiempos (es decir en los tiempos en que vivía su mujer) no dudaba un segundo en calificar de estupideces (ésas son estupideces, decía en sus buenos tiempos haciendo saltar de entre sus dientes la lluvia de saliva y el inobjetable chasquido). Entonces imponía su voluntad de muchas maneras, pero ésa, la lluvia de saliva y el chasquido, era la más rotunda, era su manera (así es don Antonio, decía la gente).

—Cuando se tumban las paredes, se tumban las paredes, don Antonio —respondió el ingeniero, como si no dijera nada, como si espantara una mosca, como si tan sólo hablara por hablar (como si viera una cosa distinta de la que está mirando, se explicó el viejo).

—Sí... Sí... claro. Yo sólo quise decir. Sólo dije —tartamudeó el viejo.

—En una semana estará todo demolido (todo tumbado, pensó el ingeniero, pero dijo demolido). ¿Una semana? Creo que de cinco días no pasa. Esto ya está que se cae solo (que se echa, pensó, pero dijo que se cae). Lo que deberían hacer todos los dueños de la manzana es hacer lo que usted va a hacer, don Antonio (dijo don Antonio, pero

pensó en la palabra viejo). En esta cuadra todo huele a viejo, a pichi de gato, a pichi —enfaticó el ingeniero y soltó una carcajada celebrando su ocurrencia. Luego tornó a su acento profesional, para explicarle al viejo que al pan había que llamarlo pan y al vino, vino y que el progreso era el progreso, es decir, una cosa que tumba una cosa para que se levante otra cosa, y que el mundo estaba como estaba (hasta los cojones, pensó, y también pensó en la palabra caca) porque falta gente de empresa, de decisión como usted, don Antonio, que se deshaga de las vejeces para dar paso al nuevo aire, a la nueva luz, a la nueva línea, a la nueva estructura (cuando dijo estructura, el ingeniero se acordó del profesor de Geometría del Espacio y de las innumerables veces que el pobre usaba la palabra estructura y de los muchachos poniéndole tantos apodos como palabras que rimen con estructura encontraban, se acordó especialmente del apodo cara de cura). El viejo sintió las palmaditas sobre el hombro, palmaditas con las que el ingeniero le felicitaba por su decisión acertada y valiente de echarlo todo abajo. El viejo, como por un acto reflejo que no comprendió, movió la cabeza apretando los gestos de la cara en una venia de agradecimiento. El ingeniero volvió a retumbar: —¿En cinco días? Vamos a ver si en cuatro, don Antonio, si no es en tres— acentuó estrepitoso, como arengándose, como dándose ánimos para llevar a cabo la hazaña que anunciaba. (Tan igual a como se arengan los soldados, pensó el viejo, y recordó de golpe, con una nitidez a la que ya estaban desacostumbrados sus recuerdos, las imágenes en cinemascoppe del sargento de caballería de una producción de la Metro Goldwyn Mayer: el sargento perdido en el desierto, jalando de las riendas a su caballo, avanzando delante de sus hombres, que eran tres y que también avanzaban igual que él, bajo el sol bravísimo, escuchándole decir: encontraremos agua antes que caiga la noche. Pero la noche llegó y no encontraron agua y fueron muriendo uno a uno, y también el sargento habría muerto de no ser por la caravana de beduinos que apareció, como salida de un sueño, con la rubia incomparable que dirigía el rescate. El sargento y la rubia se abrazaron llorando y se besaron llorando y rieron llorando, y el sol se convirtió en un fresco canto de gallos).

—Si no hubiera sido por la rubia —dijo don Antonio, pero de inmediato cortó sus palabras y endureció las mandíbulas, encolerizado de descubrirse en el ridículo de decir otra vez lo que no debía decir.

—Qué buena, don Antonio —estalló sonoro y jubiloso el ingeniero, palmoteándole el hombro (pero esta vez con más fuerza, con la energía a la que le daba derecho la mayor confianza). Qué buena, don Antonio. Qué buena —volvió a chillar, siempre palmeándole el hombro y señalándole con los ojos llenos de picardía la figura de la bailarina de los senos mutilados—. No se puede con usted, don Antonio. Una rubia como esa rubia, bien vale la pena. Qué buenas piernas (dijo piernas, pero pensó yucas, y no supo por qué se inhibió de decir lo que pensó).

Las imágenes del sargento y su salvadora se desvanecieron de golpe en recuerdo del viejo y, no obstante que se sintió obligado a mirar a la rubia de la pared que miraba el ingeniero, no vio las piernas tan celebradas por aquél sino otra imagen: vio a su mujer (a su pobre mujer, siempre la pensaba en esos términos desde que murió. La vio trasponiendo la puerta hacia el interior del teatro, en lo mejor de sus buenos tiempos, el día de la inauguración. Ella iba vestida con esa falda larga que hacía juego con los

zapatos que él se los trajo del Brasil, que se los compró para ella precisamente cuando viajó al Brasil a comprar los proyectores de cine y el aire acondicionado para la sala, que al fin de cuentas nunca llegó a comprar porque el aire acondicionado, tal como lo afirmó el tiempo, fue suplido por el ventilador grande que se instaló en la parte central y los cuatro ventiladores pequeños que se instalaron en cada esquina de la sala del teatro, que fue como, a insistencias de su mujer, prefirió llamarla para siempre en lugar de sala de cine. Se acordó que en el Brasil quedó convencido plenamente de que la mejor inversión de su vida fue precisamente esa sala de teatro. Ella le pellizcó a escondidas de todos, una y otra vez, uno y otro brazo, al tiempo que, también a escondidas de todos, le señalaba con los ojos la figura de la bailarina rubia y empinada que rozaba con los dedos la media luna del cielo azulísimo de la pared. Nadie sino ellos sabían entender ese lenguaje, porque nadie sino ellos sabía el secreto de aquel rostro. Él lo habría pregonado, de buena gana habría dicho a todos que el rostro de esa bailarina, ese rostro incomparable, era el rostro de su mujer y que lo único de diferente era el cabello rubio, que así tenía que ser para mantener la discreción, pues no hubiera sido nada decente que él, un hombre decente, exhibiera la imagen de su mujer casi desnuda, que era como estaba esa bailarina en puntitas de pies rozando con el borde de los dedos la luna.)

—Y ahora, hablando entre hombres, de hombre a hombre, don Antonio, y en confianza, don Antonio, qué buen culo —el ingeniero celebró con aplausos su sentencia y se aproximó más a la figura elogiada, acomodándose los anteojos sobre las cejas para apreciarla mejor de lo que la había apreciado—. Un culo de primera, don Antonio. Un señor culo.

El viejo volvió a ver al sargento, pero fugaz como un relámpago, y, como empujado no por su voluntad sino por una mano muy distinta pero más fuerte que su voluntad, se acercó hasta donde se encontraba el ingeniero y se esforzó en mirar lo que miraba el ingeniero, y a la sensación de arañar en el vacío se le sumó una especie de neblina en los ojos, de agua que se le empozaba en los ojos, y creyó ver otra vez a su mujer, o quizá la vio otra vez, nunca llegó a descifrar ese enigma, y luego el agua de los ojos se le empozó en la vejiga y tuvo que correr al baño con unas ganas inaguantables de reventar. Entonces advirtió que tenía el pantalón húmedo y se preguntó en qué momento se le pudo escapar siquiera una gota —en qué momento, carajo—, y estuvo largo tiempo vertiendo su zigzagueante torrente sin dejar de preguntarse en qué momento había sido —en qué momento me oriné en el pantalón, carajo. Luego cortó de un golpe sus preguntas e hizo saltar de entre sus dientes la legendaria lluvia de saliva y el chasquido y grito: «Cállate, hijo de puta», y volvió a gritar aún más fuerte: «Hijo de puta»; fue al aclararse en sus oídos la voz insoportable, confidencial, estridente del ingeniero que le decía desde el otro lado de la puerta: «Salude a la rubia, don Antonio, estamos entre hombres, don Antonio, qué tal don Antonio, buen polvo, don Antonio».

El viejo salió del baño aún terminando de abotonarse el pantalón y encaramado en la cúspide de su indignación, de su ira: «Hijo de puta», volvió a gritarle al ingeniero, pero esta vez frente a él, en su propia cara, sin puerta de por medio. También le gritó otros insultos más, y el ingeniero debió ver su rostro hinchado de cólera, sus cejas afiladas como cuchillos, el rojo encendido de sus mejillas, el fuego de sus orejas; pero el